Lección 9
(20 al 27 de Agosto de 2011)

“No confiéis en palabras engañosas”: Los profetas y la adoración

Rubén Aguilar

Aristóteles, el filósofo estagirita, llamado así por haber nacido en Estagira, incluyó en sus obras algunas referencias a pensamientos de filósofos anteriores a él y de otros contemporáneos suyos. En sus Discursos, Aristóteles transcribió una declaración de Epícteto, pensador griego que –al parecer– produjo muchos conceptos de manera oral, sin dejar nada escrito. Según Aristóteles, la declaración de Epícteto es la siguiente: “Si yo fuera un ruiseñor, actuaría como un ruiseñor; si fuera un cisne, actuaría como un cisne. Pero yo soy una criatura racional, y por ello debo alabar a Dios; esa es mi obra; lo haré, y no abandonaré el puesto que me ha sido dado; os exhorto a participar del mismo canto”.

La declaración de Epícteto debe haber provocado una profunda impresión en la mente del filósofo griego, a punto tal de destacar su contenido. En las frases que componen esa sentencia, se encuentra explicitado el propósito de la existencia de todo ser humano, el cual puede ser sintetizado en la siguiente afirmación: siendo el hombre un ser racional, debe vivir para alabar a Dios. Si la vida plena consiste en alabar a Dios, eso significa que toda actividad o conducta humana debe abarcar ese propósito. La conducta humana fue tema de largas elucubraciones de parte de Aristóteles, cuyos conceptos al respecto permitieron su sistematización en una de las ramas de la filosofía: la ética.

La expresión *ética* deriva del griego *ethos*, que significa “costumbre”. En su raíz etimológica, este término hace alusión al estudio de la conducta ideal del individuo. ¿Y cuál es esa conducta ideal? Debido a la variedad de sistemas sociales, políticos y filosóficos, no es fácil llegar a una conceptualización única sobre la Ética. Por ejemplo, para el hedonismo, la conducta ideal es la que lleva al placer; para el eudemonismo, la que lleva a la felicidad; para el naturalismo, aquello que estimula la evolución progresiva de la raza; para el pragmatismo, un acto bueno es un acto útil, y malo, cuando no lo es. Siguiendo esta línea de pensamiento, para el cristianismo, la conducta ideal es la que alaba a Dios; el resto, es una secuela de sistemas de comportamiento convencionales vertidas en palabras engañosas.

En la Biblia encontramos las normas que orientan la conducta ideal que alaba a Dios, especialmente en el mensaje de los profetas. Las serias reprensiones pronunciadas por estos instrumentos de Dios al pueblo de Israel fueron propaladas para dilucidar el verdadero concepto de la genuina adoración y para contrastarlo la artificialidad de una religiosidad ritualista con la práctica del amor a Dios y al prójimo.

Prosperidad en Israel

El mensaje de los profetas destaca con particular relevancia el concepto de la adoración aceptada por Dios ante una visión religiosa sustentada por la prosperidad material. Por lo que parece, esa prosperidad –en tiempos del Antiguo Testamento– comenzó a ser una realidad durante el gobierno de Jeroboam II, rey de Israel. La nación no temía la amenaza de una invasión de parte de las grandes potencias de la época (Asiria y Egipto). Jeroboam II gobernó durante 41 años (2 Reyes 14:23) en Samaria, y "restauró los límites de Israel desde la entrada de Hamat hasta el mar de la llanura" (versículo 25) y "restituyó para Israel a Damasco y Hamat, que habían pertenecido a Judá" (versículo 28). Su gobierno fue de relativa paz y prosperidad, estimulada por una economía basada en la agricultura, el comercio internacional, el desarrollo de la industria textil y de la expansión poblacional a través de grandes construcciones.

Algunos profetas testificaron vívidamente de esa prosperidad haciendo referencia a los palacios construidos en Samaria (Amós 3:9-11) y a las acogedoras casas de invierno y de verana, con sofisticadas habitaciones de marfil y otras de tamaño fastuoso (Amós 5:11); las casa decoradas con finísimos muebles tales como camas de marfil (Amós 6:4); todas las comodidades alcanzadas para llevar una vida de placeres, bebiendo vinos y mostrando prodigalidad en el uso de perfumes carísimos (Amós 6:6).

La prosperidad es una bendición cuando es obtenida en un entorno de honestidad y de trabajo. Este no fue el método utilizado por esta clase de privilegiados que ostentaban lujo y un buen vivir. En lo que respecta al comercio, adulteraban los pesos y las medidas, disminuyendo el efa, utilizando balanzas engañadoras (Amós 8:5); los gobernantes afligían a los pobres exigiendo elevados impuestos (Amós 5:11); los poderosos echaban por tierra a la justicia (Amós 5:7); el necesitado o el justo humilde era oprimido por los jueces que aceptaban sobornos (Amós 5:12), y en tal actitud los jueces vendían al justo por dinero y las prisiones estaban abarrotadas de "ladrones de gallinas" o por aquellos que habían hurtado un par de sandalias (Amós 8:6). En síntesis, la prosperidad material era exclusiva de una clase privilegiada mientras el grueso de la población amargaba su existencia bebiendo el cáliz de la injusticia social.

¿Mil carneros? "No traigan ofrendas inútiles

En esa atmósfera contaminada por la injusticia y la opresión, una auténtica desgracia para los menos favorecidos, Dios determinó la evocación de un mensaje cuyo contenido incluía la reprobación de la falsa adoración y –al mismo tiempo– la exhortación hacia la caridad. Para que esta voz fuera escuchada, varios profetas fueron llamados y preparados por Dios para actuar en sus entornos geográficos respectivos, siendo casi contemporáneos. El llamado del profeta Isaías es un ejemplo de cómo se impone la comisión divina a actuar en un momento oportuno y de gran trascendencia. El vio la santidad de Dios y por ello se sintió indigno y pasible de muerte. Este sentimiento es una parte de la experiencia espiritual del profeta que, considerándolo en su modo más abarcante, constituye la auténtica forma de adoración. Arrepentido y purificado de sus transgresiones, Isaías recibe el llamado a transmitir el mensaje del

momento, a lo cual respondió con la intrepidez que era necesaria: “Heme aquí, envíame a mí”.

La prosperidad y todo bien material es una bendición divina. Pero no cuando son obtenidos por mecanismos ilícitos de enriquecimiento. Por ello, la riqueza puede ser una concesión de quien así tienta a los hijos de Dios, tal como lo hizo con Jesús.

En los tiempos de los profetas del Antiguo Testamento, los que ostentaban riquezas podían ofrecer centenares o miles de animales como prueba de su sentimiento de adoración a Dios. El ofrecimiento ciertamente impresionaba a la mayoría de los adoradores reunidos alrededor del Templo. En esas circunstancias, la liturgia se llevaba a cabo con embelesamiento y deleite para los ojos. El brillo de las vestiduras de los oficiantes y de los que concedían la ofrenda parecía reflejar los rayos luminosos de la naturaleza. Todo el ritual pretendía ser un glorioso culto de adoración a Dios y aceptado como tal por toda la naturaleza Divina. Pero la ofrenda no merecía la aprobación y el ritual de adoración era rechazado a causa de la injusta vida del ofertante. Dios, que ve lo más profundo del corazón, y examina todo espíritu, deja revelada la transgresión de desmerece toda forma de adoración.

Es la voz del profeta la que diluye la magnificencia de la ofrenda ante la velada transgresión de los que pretendían cumplir con una prescripción religiosa. En las palabras del profeta, toda riqueza concentrada en la dádiva, como manera plena de adoración, se convierte en una ofrenda inútil. Es un terrón de sal que se sumerge en un vaso de agua y luego desaparece. Para Dios, la adoración genuina y verdadera, no está en el valor material de la ofrenda, lo cual –en su esencia– puede representar un auténtico exhibicionismo, sino en la caridad y la justicia practicada como expresión de una conciencia humilde. “¿Se agradará el Señor de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite?” (Miqueas 6:7) es la reprobación expuesta por el profeta, en forma interrogativa por con una cierta dosis de ironía. Esta reprobación es aún más incisiva cuando el profeta evoca las palabras divinas, sentenciando: “¿Para qué me sirve –dice el Señor– la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de grasa de animales gordos. No quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos” (Isaías 1:11).

El vocablo hebreo para *ofrenda* es *korban*, que hace referencia a un objeto que aporta un vínculo con lo divino. Su sentido básico es “aquello que une a Dios”. El significado de este término es un imperativo cuando se declara que nadie debe acercarse a Dios sin traer su ofrenda. En esa práctica se excluye la cantidad o el valor de la ofrenda, siendo prevalente la intención de adorar a Dios. Así, una parte de la liturgia en el culto sagrado es el ofertorio en el cual se dedica a Dios una ofrenda como parte de la adoración. No obstante, el calificativo divino a este acto puede ser negativo y excluyente, tal como lo deja ver la voz del profeta: “No me traigáis más vana ofrenda” (Isaías 1:13).

Los profetas exponen el contraste de las ofrendas vanas, con una exhortación apelativa; pero en su forma es concluyente sobre el sentido de la adoración que Dios acepta. La voz profética declara lo que desea el Señor: “practicar la justicia, amar la bondad y andar humildemente con tu Dios” (Miqueas 6:8). Y el profeta complementa con la instrucción de la correcta adoración: “Aprended a hacer el bien. Buscad justicia, restituid al agraviado, defended al huérfano, amparad a la viuda” (Isaías 1:17).

La adoración a Dios es una actitud consciente de dedicación y obediencia a los preceptos divinos. Nadie puede adorar a Dios con una conducta doble, demostrando en el templo los artificios de una religiosidad aparente, mientras que el resto de sus actividades derivan en dolo y engaño. En esas condiciones, Dios aparta sus ojos de la mano extendida y las oraciones ya no son más oídas (Isaías 1:15); el ayuno no beneficia al participante y la aflicción del espíritu es inconsecuente (Isaías 58:3). ¿Y qué hacer? La voz del profeta refrenda una vez más la práctica de la caridad, para que la participación en el templo, como adorador, sea eficaz y alcance el objetivo primario de la adoración. Para eso, es necesario prestar oídos a la recomendación profética que transmite el requerimiento divino en forma imperativa, y en los siguientes términos: "Desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas opresivas… que partas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en tu casa, que cuando veas al desnudo, lo cubras y no te escondas de tu hermano" (Isaías 58:6, 7).

¿Sin ningún valor?

Platón, el gran maestro de la Grecia clásica, enseñaba filosofía en los jardines de la mansión de su amigo Academus. En el portal principal del ostentoso palacio, el filósofo colgó un cartel que decía: "No entres aquí si no sabes geometría". Platón consideraba que, para comprender los intrincados y sutiles principios del pensamiento filosófico, era básico saber geometría. El eminente pensador afirmaba que el ideal de una sociedad es que sus miembros alcancen el pleno conocimiento filosófico y sean filósofos. En la vida práctica, sin embargo, el porcentaje de personas que saben mucho de geometría es exiguo. Muchos hombres de éxito en las artes, la política, la medicina o la literatura, ignoran los teoremas de esa disciplina o jamás los han utilizado. Hasta podría llegarse a considerar un conocimiento sin ningún valor.

Está claro que no es posible ser radical o presumir de tener una absoluta certeza al calificar como algo de ningún valor a lo que una persona sabe o hace. No se debe dejar de lado el consenso popular de que todo conocimiento contribuye a algún resultado, sea bueno o malo, o simplemente es causal de pérdida de tiempo. El lamento de las personas ancianas con frecuencia es el de haber procedido erróneamente en los años pasados, y afirman que si tuvieran oportunidad de volver a vivir, harían todo de manera diferente. Eso significa que han conocido o hicieron cosas que no aportaron ningún beneficio en su vida, cosas que no tenían valor.

No es tarea fácil señalar las cosas o acontecimientos que, en el transcurso de la vida, pueden ser calificados como de ningún valor. Pero un examen a la luz de las promesas divinas y de sus atributos de la esperanza de la salvación y de la vida eterna, dará paso a la posibilidad de eliminar aquello que es sin valor.

El capítulo 44 del libro del profeta Isaías, presenta una actitud que definidamente es sin ningún valor para la vida eterna. El llamado es para considerar la naturaleza divina con sus atributos de sabiduría y poder. Sólo Dios es el Creador y el Sustentador, sólo Él es quien conoce las necesidades de cada ser humano y las atiende en el momento oportuno. No hay en el Universo otra Entidad capaz de manifestar tanto interés en la salvación del hombre como lo ha hecho y hace el Dios Triuno. Pero el hombre deposita su confianza en objetos materiales y hasta de carácter abstracto, los cuales sustituyen a Dios, como si esos objetos tuvieran todo el poder de suplir las necesidades humanas. Según la versión profética, eso es idolatría.

Etimológicamente, *idolatría* significa *adoración a ídolos*. Ídolo es todo objeto que ocupa el lugar de Dios. A los ídolos, las personas les atribuyen adoración que es debida únicamente al Creador. Un ídolo puede surgir en la mente de una persona, como una forma o figura de algo que ocupa una posición ideal de poder. En la imagen de los que siguen a un ídolo, éste existe en un ámbito supraterrenal. Detenta atributos magníficos y es capaz de beneficiar con gracias a sus adoradores. El ídolo pasa de la imaginación a la objetividad, cuando el idólatra concibe una forma física y elabora esa figura utilizando materiales como el oro, la plata, metales nobles, madera, etc.

En sus escritos, el profeta Isaías procura llevar a sus lectores a razonar sobre la futilidad de esa acción, y en forma irónica menciona la actividad del herrero que utiliza metales para fabricar una herradura y con el resto fabricar un dios. Es también vana la conducta del artífice en madera que corta árboles para hacer fuego con la leña, cocinar pan, y con el resto de la madera tallar un dios (Isaías 44:9-17). ¿Se puede atribuir a esas imágenes algún poder? ¡Por supuesto que no! Esos ídolos no tienen ningún valor. Los ídolos preservados en materiales diversos han prevalecido a través de las épocas; otros han surgido, siempre con el magnetismo que induce a las personas a prestar atención, manifestar sentimientos de respeto, reverencia y adoración. En la actualidad, en esa clase de idolatría deben ser incluidos: las imágenes de santos, reliquias sagradas, íconos representativos de la tierra, el mar, el sol y la luna; números de lotería; objetos de adivinación y magia; objetos de valor inapreciable; ciertos objetos recordativos; objetos que cautivan las emociones a punto tal de provocar obsesión; personalidades que despiertan pasiones; literatura subliminar como las aventuras novelescas; y todo aquello que prive o disminuya la adoración que es debida a Dios.

Dr. Rubén Aguilar
Profesor de Teología
Univ. Adventista de San Pablo
Campus II



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática